

En ACCIÓN, Año III, n° 79, Montevideo, sábado 7 de abril de 1934, pp. 1 y 6.

DE LUISA LUISI

La Reelección del Doctor Terra

(Especial para ACCIÓN).

La reelección del doctor Terra que acaba de efectuar la Asamblea Constituyente antes aún de haber terminado el remedo de Constitución que se prepara, y a casi un mes de distancia del plebiscito o parodia de plebiscito a que se dice será sometida, no es, como algunos diarios de la oposición lo aseguran, el objeto del golpe de Estado del 31 de Marzo, sino — aunque parezca extraño — su consecuencia forzada. Los que, al tanto de la historia de todos los golpes de Estado y dictaduras de América, la vimos venir, la hemos predicho como inevitable.

“Las etapas se suceden unas a otras por encima de la voluntad misma de los actores de este drama”, decíamos en cierta dolorosa ocasión. Y volvemos a repetirlo. Porque lo que no han sabido ver algunos de los que, de buena fe, acompañaron la funesta aventura; lo que aún no quieren reconocer los que — ¡todavía! — se mantienen neutrales; lo que, por apasionamiento se rehúsan a comprender ciertos elementos de la oposición, es precisamente lo que constituye el núcleo, el nervio, el centro mismo de la tremenda culpa del 31 de Marzo. Desconocida la ley fundamental, derruida la norma por todos atacada, nada ni nadie podrá contener las fuerzas desatadas, que seguirán su curso ciego y fatal hasta anegar a aquellos mismos que las desataron. La Constitución, las leyes, la legalidad en una palabra, es el único dique opuesto a la marea formidable de las ambiciones, de los apetitos, de los egoísmos, de todo lo anti social que es necesario domar y contener para existir como nación organizada. La marea que ha invadido a nuestro país, no puede naturalmente, tener efectos fulminantes. Aún no hemos llegado al punto más alto de su curva destructora. Pero si existieran aparatos para medir su fuerza disolvente, los veríamos marcar una aceleración que en vano pretenden contener los culpables del tremendo retroceso. La reelección del Dr. Terra, no puede sorprendernos.

Dentro de la trayectoria ineludible de los hechos, es, como en todos los casos similares, la solución obligada y hasta diría, la menos mala de todas. El abandono del poder, por quien tomó sobre sí la espantosa responsabilidad ante la historia, sería fatalmente la guerra civil, el caos monstruoso en el que las ambiciones y los apetitos desenfrenados de los que colaboraron en el vergonzoso atentado, acabarían por destrozar los últimos restos de vitalidad de un país que se va hundiendo lentamente en el desastre. Todos los jefes de los partidos que acompañaron el crimen de lesa patria, los lugartenientes del

dictador, el jefe militar que cuente o crea contar con fuerzas que le respondan, son otros tantos ávidos postulantes al cargo vacante, al seductor miraje del poder.

Para que el rival no triunfe en la nueva disputa, todos han debido ponerse de acuerdo, con admirable (!) unanimidad, para mantener en el cargo supremo a quien lo desempeñó hasta entonces, y más derechos tiene, a juicio de sus colaboradores, a detentarlo aún.

Y esto empieza a ser ya el castigo mismo, el castigo dorado del dictador. Sobre sus hombros pesará cada vez con más fuerza la responsabilidad — no ya histórica sino actual — de la terrible imprudencia. Deberá permanecer atado por cadenas muy halagüeñas, pero espantosamente pesadas, a su propia conducta. Y serán sus mismos colaboradores los que han de amargar su vida; y el terror constante de la ira, de la venganza, del furor del pueblo.

Desde ahora en adelante — y no será por un año, ni por dos — la vida del dictador que trocó su investidura legítima por el título odioso, encerrado entre sus propios defensores, prisionero de su miedo, víctima de su investidura, se deslizará en la angustia y en la desconfianza. En vano tratará de engañarse y dejarse engañar por los que lo rodean. Su porvenir es mucho más sombrío que el de todos aquellos a quienes se verá obligado a perseguir y a encarcelar en procura de una tranquilidad que ha desaparecido para siempre de su vida.

Las etapas fatales continúan cumpliéndose. No será ahora, ni tampoco en el curso del año, ni tal vez tampoco en tres ni en cuatro que el final obligado ha de cumplirse. Ni será, como simulan creerlo los que acompañan al Dictador en su penoso trance, a instigación de los hombres derrocados el 31 de Marzo que el pueblo reivindicará sus derechos. Aún el pueblo no ha sufrido lo suficiente. Aún su conciencia oscura no ha despertado del todo. Sus dolores, sus miserias, son todavía para él impersonales e irresponsables. Y su capacidad de sufrimiento extraordinaria. El proceso es lento, pero no por eso menos fatal.

Pero el curso de los acontecimientos no se tuerce ni cambia a voluntad. El gesto tan sencillo de abrir las compuertas de los diques, no se anula una vez que las aguas han desbordado las murallas. Y la marea continúa ascendiendo.

Pero el desborde total, no hay fuerza humana capaz de dirigirlo. Sumergirá a todos por igual; pero hará de unos, mártires, de otros, culpables castigados. Nadie es ya suficientemente fuerte para contener el curso de los acontecimientos.

La reelección del Dr. Terra al margen completo de la Constitución y de las leyes, es pues, nada más que una nueva consecuencia obligada y fatal del 31 de Marzo.- LUISA LUISI.